

## AUTORRETRATO

Por José Aguilar

Notó el tic habitual en el párpado derecho. Sabía que apenas era perceptible para un observador poco atento, pero no dejaba de molestarle por lo que significaba de manifestación de una cierta debilidad, de un imperfecto autocontrol. “Blefaroespasma” le había diagnosticado *il dottore Pinto*, el supuesto matasanos al que los enviaba el jefe cuando no habían podido esquivar alguna bala. El policía del aeropuerto de Múnich registraba su maleta con más interés del que hubiera deseado. Vio cómo apartaba el segundo par de zapatos, de los cuatro que había comprado en la tienda de Gucci en su reciente estancia en Venecia, y descubría las braguitas negras que había colocado cuidadosamente bajo ellos, como un anzuelo de complicidad heterosexual. El gesto de simpatía del policía mientras dejaba ya por fin en paz su equipaje le confirmó que el truco había funcionado una vez más. Miró la etiqueta del Danielli recortada sobre la abollonada superficie azul cobalto de la maleta mientras la cerraba de nuevo y recordó la silueta de Renata, la bella propietaria de la lencería negra, en la terraza del hotel, recortándose sobre el Adriático. No fue una mala conquista para sus más de sesenta años.

Le dio al taxista un papel con la dirección del Hilton Munichpark, acompañada de un breve y falso “disculpe, no hablo alemán”. Se ajustó los auriculares del iPod y seleccionó unos madrigales de Monteverdi para el trayecto. Había que ponerse en situación. Aunque él siempre había preferido la música barroca, Purcell, sólo un poco más allá en el índice del reproductor, tendría que esperar, quizá a algún encargo de Vermeer o Murillo, aunque, centrándose en el barroco, casi iba a ser mejor dedicar sus esfuerzos a Valdés Leal, menos protegido y seguro que más fácil de colocar. Repasó el libro de arte del Renacimiento que había comprado en Filippi, mientras paseaba Venecia con Renata. El autorretrato lucía majestuoso, a toda página. Al pie, los comentarios más elogiosos sobre los detalles del lienzo: el trabajo obsesivamente perfeccionista sobre el cabello rizado y la piel de las solapas de su túnica, la mirada severa del que será juez del último juicio... Para su gusto, Durero se había propasado pintándose como un Cristo y, además, por algún motivo no dejaba de recordarle a algún guitarrista de rock. De rock sinfónico más concretamente. Le gustaba mucho más el autorretrato del Museo del Prado. Pero no le pagaban por sus gustos. Al poco de salir del aeropuerto, en medio del obligatorio atasco en la autopista de entrada a Múnich, tuvo que quitarse los auriculares y atender el inevitable “Bist du Spanier?” del conductor y una tópica conversación sobre Torremolinos motivada a la vez por la habitual confusión de su nacionalidad y las recientes vacaciones en España del taxista. Ya cerca de Munich y probablemente movido por el entusiasmo de un recuerdo conservado en alcohol, el chófer le pasó una foto del Fary, falsamente autografiada y acompañada de un sucinto y repetido “Gut Sängler, gut Sängler- du kannst sie behalten!!” que hizo que la guardara junto a la tarjeta de su compañía de taxis. Se sonrió mientras dejaba la foto del racial cantante de copla marcando la página del sofisticado autorretrato cristológico.

Cuando se alojó en el Hotel comenzó con el ritual protocolo: recogió el paquete que le esperaba en recepción, donde debía estar la acostumbrada Beretta. Giovanni era un sentimental; cualquier otra arma sería probablemente más adecuada, pero el peso de la tradición era un deber en la Italia meridional. Nada más entrar en la habitación, mucho menos lujosa que la del Danielli o no digamos que la de su anterior “retiro”, tras lo del Munch en Oslo, en el Raffels de Singapur cuyo anagrama también lucía en la dura superficie de la maleta, se quitó el abrigo y los zapatos y se tendió sobre la cama. Echaba de menos algo de compañía. Pero ahora se trataba de trabajo, así que se colocó los guantes de látex que llevaba en la billetera y descolgó el teléfono.

“¿Habla español?” –preguntó al encargado del servicio de habitaciones. “Momento, bite” –le contestaron. Enseguida oyó otra voz, más locuaz y amable y con un acento sudamericano que le hizo sentirse como en casa. “Ventajas de la globalización”, pensó. Iba a pedir una botella de Glenfiddich, pero se dejó llevar por una repentina nostalgia limeña y probó a hacer una tímida pero esperanzada solicitud de un Pisco de Arequipa. El “por supuesto, compadre” que le respondieron le proporcionó una alegría que se tradujo en la buena propina que recibió el camarero al entregar la botella en la habitación. “Grandes ventajas de la globalización... ¡pisco y mafia en Munich!” –se dijo sonriendo mientras se servía una copa. Después de un par de tragos de pisco, el cese de la vibración en el párpado le confirmó que se encontraba más relajado. Esta vez no haría falta recurrir al Rohypnol que le acompañaba en el tacón de uno de los elegantes zapatos. Comprobó concienzudamente que la habitación del hotel no disponía de cámaras de vigilancia, desplegó el abrigo sobre la cama y descosió con cuidado el forro. Con la cinta métrica se aseguró de que el espacio bajo la seda gris superara los 67 cm necesarios para disimular el lienzo. Cogió el paquete de caramelos de menta de la mesilla de noche con el anagrama del Hotel. Se echó uno a la boca para que el inconfundible aroma del licor no lo delatara y el resto, con la cinta, a la maleta que había abierto, situándola sin deshacer y como siempre, a los pies de la cama. La salida de Alemania sería en coche de alquiler, así que no había problema en conservar la botella de pisco para el viaje, de forma que la colocó cuidadosamente en la maleta. Para la visita de reconocimiento no convenía llevar el hierro, así que escondió la Beretta debajo de los Guccis y se arregló un poco antes de llamar a otro taxi. Esta vez en el papel que mostró al conductor se leía “Barer Strasse 27”, que éste confirmó con un escueto “Alte Pinakothek?”. Le apetecía contemplar la tela en el lugar de donde unos días después iba a desaparecer.

El atardecer en el Kanuhura era realmente espectacular. El sol le acariciaba perezoso la antigua cicatriz en el costado izquierdo. Recostado en la magnífica tumbona de mimbre dejó en el suelo el libro que tenía entre las manos y pensó en el buen gusto de Giovanni para escoger los retiros después de los robos. Lo de Munich había hecho mucho ruido, con su espectacular y precipitada huida, y la detención de tres de los cinco tipos que habían cometido el robo. Aunque sólo se había encargado de sacar la tela del país, tendría que permanecer lejos una buena temporada. Probablemente el Durero ya era contemplado en alguna habitación acorazada por algún narcotraficante con buen gusto para el arte o una importante necesidad de diversificar sus inversiones. O ambas cosas. Las Maldivas eran una opción excelente para unas largas y anónimas vacaciones. Las notas del Dido y Eneas se deslizaban suaves desde el reproductor de compactos sobre las medrosas olas que golpeaban la base del lujoso palafito mientras él pensaba en las playas lejanas y tan distintas, llenas de guijarros, en El Callao. Había pasado mucho tiempo desde el Colegio Militar Leoncio Prado, los tiempos del Jaguar y el Esclavo, como escribió más tarde su amigo Jorge. Ninguno de los dos había jamás imaginado dónde los llevaría la vida cuando sobrevivían en aquel lugar a la crueldad de sus compañeros y los profesores. Jorge había hecho una carrera también exitosa y, aunque era un personaje público, tampoco usaba ya el mismo nombre que en Lima. Probablemente también estaría ahora en un buen hotel o en su apartamento en París o en Madrid, de igual forma pagado por un oficio poco convencional, aunque seguramente más tranquilo, si se exceptuaba lo de haberse metido en política aquella temporada. “Esto de la niña mala tampoco lo hizo mal el tipo”, se dijo. En el Kanuhura no había pisco para acompañar el breve conato de nostalgia *chalaca*, así que intentó cambiar el registro y reírse un poco, aunque fuera solo, en aquella terraza infinita, mientras imaginaba a algún gris inspector alemán frente a su maleta azul, maldiciendo e intentando averiguar el significado de la foto del Fary junto al autorretrato de Durero y de la Beretta enfundada en las bragas de Renata. “Esa sí que fue una niña mala, Jorge” –dijo en voz alta mientras retomaba la que iba a ser larga lectura.